

surcos. Parecía cuando pasaba por junto la encina que esta se movía como si fuera á hablar y acusarle.

Así vivió bajo el peso de su remordimiento y esperando con terror el juicio de Dios, hasta que un día murió repentinamente y sin confesion.

Un hijo tenía Norberto el cual dejó por único heredero. Se llamaba Arnaldo y nunca jamás se ha visto ni conocido á un hijo de carácter tan diametralmente opuesto al de su padre. Todo lo que tenía Norberto de avaro, tenía de liberal su hijo. Era tan espléndido y dadivoso como tacaño y miserable su padre, era tan generoso y tan buen cristiano como malicioso y pecador endurecido su padre.

Arnaldo pasaba los días recorriendo los pueblos y cabañas, aliviando la miseria de quien que la encontraba, haciendo beneficios inmensos y recojiendo las bendiciones de toda la comarca.

Tan universalmente aborrecido como era el padre, tan generalmente amado era el hijo.

Arnaldo, á mas del impulso natural de su alma; tenía otra razón para hacer bien. Sospechaba que su padre había cometido algunas acciones indignas y trataba de salvar su alma por el bien que á intencion suya cumplía.

Una tarde que llegaba de sus piadosas correrías y de cumplir con sus buenas obras, asaltóle la noche en medio del camino. Era una noche tranquila y plácida. La brisa hacía gemir rumorosos los árboles y la luna alfombraba con torrentes de plateada luz los campos.

Arnaldo, satisfecho con el empleo de su jornada, seguía poco á poco su camino habiendo dejado caer la brida sobre el cuello de su caballo.

Llegó en esto hasta una cruz de piedra que había á bastante distancia del pueblo de Ripoll, é iba á atravesar por delante de ella sin pararse, haciendo solo el signo de respeto que deben á toda cruz los cristianos, cuando notó que en las gradas se dibujaba un bulto.

Llamóle la atención, se acercó y no le quedó duda. Era un hombre, un mendigo, muerto tal vez de hambre ó de frío, que acaso á duras penas se había podido arrastrar hasta allí para al menos poder exhalar su último suspiro al pié de la reverenciada cruz. Apeóse en seguida Arnaldo con el corazón oprimido y se acercó.

El hombre no estaba muerto, pero se escapaba de su pecho un aliento fatigado y ronco como si agonizando se hallara.

—Qué haceis ahí, buen hombre? — le preguntó tocándole con la mano.

El moribundo volvió hácia Arnaldo unos ojos casi vidriosos, pero no con-

testó. Entonces el jóven cojió entre las suyas las manos del mendigo que estaban frias y heladas, procuró sentarle en una de las gradas en que le encontró tendido, lo que solo consiguió despues de notables esfuerzos, y por fin desprendiendo de su pecho una calabaza de peregrino que llevaba siempre consigo llena de un espirituoso licor, acercósele á los labios y le hizo tragar algunos sorbos.

El mendigo se reanimó y movió sus labios como si quisiera hacer esfuerzos para hablar.

—Tendreis hambre quizá? — le preguntó Arnaldo.

El mendigo hizo que sí con la cabeza, pero en el acto la dejó caer acudiendo á sus ojos un torrente de lágrimas. Como si estas le hubiesen desahogado de un peso, devolviéndole al propio tiempo el habla, el infeliz pordiosero empezó á quejarse con amargura murmurando:

—Ay! mis hijos! mis hijos! mis pobres hijos.

—Teneis hijos, buen hombre? — preguntóle enternecido Arnaldo.

—Sí, sí..... ay! sí!

—Y donde están.

—Allí abajo, en el pueblo..... en un pajar, muriéndose de hambre y de frío como su padre que ha salido á buscar para ellos un pedazo de pan sin encontrar un alma cristiana que de él y de sus hijos se compadeciera!

Arnaldo sentía su corazón henchido de amargura.

—Buen hombre, — le dijo, — bebed otro sorbo de este licor, animaos un poco y bien pronto estareis con vuestros hijos donde no os falte pan ni abrigo.

El infeliz clavó sus ojos en Arnaldo.

—Sí, animaos, — continuó este, — vendreis conmigo á mi casa, y allí estareis con vuestros hijos sin que en la vida os vuelva á faltar lo necesario.

El pordiosero meneó tristemente la cabeza como dudando.

—Oh! no dudeis de la misericordia de Dios!

Dijo Arnaldo, y en seguida le ayudó á montar á caballo, cabalgando también él detrás del mendigo para sostenerle, pues tan débil y exánime estaba el infeliz, que á ir solo á caballo no hubiera este podido dar dos pasos con su ginete.

Así se pusieron en camino. El pobre había dejado caer su cabeza sobre el pecho y cerrado los ojos como si fuera á espirar. Arnaldo apretaba cuanto podía el paso de la cabalgadura.

Hacia ya un buen rato que marchaban en silencio, cuando distinguiendo

el jóven sus posesiones, hizo que el caballo atravesara los campos para llegar mas pronto á su casa.

De pronto se oyó un gemido, la montura se detuvo dando un relincho de espanto y Arnaldo, volviendo los ojos á su alrededor, vió á la pálida claridad de la luna un espectáculo que le hizo erizar los cabellos.

Junto á la encina centenaria que servia de límite á sus posesiones, una especie de fantasma cubierto con un blanco sudario de flotantes pliegues, parecia pugnar por arrancar del suelo el árbol gigantesco que allí clavara hondas raices á favor de los siglos. El fantasma se debatía en vanos esfuerzos, pues que probaban sus continuos gemidos la inutilidad de su empeño.

Al mismo tiempo, cosa estraña! el aparecido mantenía una especie de diálogo con un personaje invisible, pues que le contestaba una voz salida de allí mismo, junto á él, en un sitio donde sin embargo no se veía á nadie.

— Oh! oh! — decia el fantasma como si sollozara, — quiero volver la encina donde estaba antes, allí de donde la arranqué.

— Es inútil que te canses, — respondía la voz.

— Solo por este medio puedo salvarme.

— Es que no te salvarás nunca.

— Y he de arder eternamente? — decia el fantasma con una voz que helaba el corazón de Arnaldo.

— Eternamente! — respondía el invisible.

— Oh! no, no!

Y el fantasma entonces torciéndose las manos se puso á gritar:

— Ponce! Ponce! ven á recobrar tu hacienda.

Al oír esto el mendigo que estaba delante de Arnaldo se irguió sobre el caballo y exclamó con una voz firme:

— Devuélveme lo que me robaste, Norberto, restitúyeme el campo y la choza donde nació mi madre, donde mi muger ha muerto y rogaré tanto por tí al Señor, que el Señor se ablandará á mis ruegos y te devolverá su gracia.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando dos gritos horrosos, dos gritos que nada de humano tenían rasgaron los aires y resonaron en el silencio de la noche.

El uno lo había dado el espectro al volverse y ver á Ponce. El otro lo diera Arnaldo cuando, al volverse el fantasma, reconoció en él á su padre.

Dos dias despues de esta escena, un notario de Ripoll redactaba una es-



De pronto se oyó un gemido...

...y cuando ya iba a dar la vuelta al cuello del mendigo, se detuvo al ver que este se había echado a reír. Entonces, volviendo a mirar al mendigo, se dio cuenta de que este se había echado a reír. Entonces, volviendo a mirar al mendigo, se dio cuenta de que este se había echado a reír.

VII.

RUINAS.

...y cuando ya iba a dar la vuelta al cuello del mendigo, se detuvo al ver que este se había echado a reír. Entonces, volviendo a mirar al mendigo, se dio cuenta de que este se había echado a reír.

Algunas reflexiones acudieron a nuestra mente y el corazón se partió de dolor, cuando pisábamos, hace pocos años, las escombros de esta villa.

He ahí lo que nos decíamos volviendo a un lado y otro los ojos y viendo allí una casa arruinada, allí un edificio ahumado por haber recibido el beso devorador de las flamas, acá una pobre choza reedificada con los escombros de una quinta, acullá el esqueleto de una mansion señorial.

¡Pobres, pobre villa que un día alzabas tu frente orgullosa y te mirabas en el doble espejo de tus rios, como una coqueta que teme que le engañe tanta belleza como le refleja un cristal y busca otro para cerciorarse de que no ha mentado ni le ha sido engañoso el primero!